

«Verano del 42», verano de hoy

Ando ahora por calles capitalinas que no son la de Jesús Adrán o la calle del Agua, cruzándome con gentes que no me dan el abrazo o el hasta luego de Renguiñas o de Norberto Beberide. Paseando por delante de la cartelera de un cine, que no es aquella cartelera a la que nuestro párroco le pegó la vuelta bajando de oficiar en un entierro porque la artista enseñaba demasiado la pierna. La cartelera de ahora enseña unos amores románticos. Pero lo que me retiene en hacer, lo que me deja pensativo y marchará conmigo a lo largo de la tarde, son unos eslóganes, frases publicitarias donde se dice, más o menos, que todos hemos tenido en nuestra vida un «verano del 42».

«Quien pierde la mañana, pierde el día; quien pierde la juventud, pierde la vida». Esto no lo dicen los anuncios agigantados. Es la letra menuda de un refrán que le escuché a cualquiera. Y quizá la vida y la juventud de los mozos de mi quinta se hubiera perdido irremediablemente -no nos falta, de vez en cuando, la duda razonable- si no hubiéramos tenido al menos «nuestro verano».

Lo tuvimos. Por entonces el cronista, más que un chico alto, era larguirucho. Se sabe su exacta estatura en el momento de «ir a entregarse» a la Caja de Recluta de Astorga: 1.698 milímetros. 58 kilos era el peso de tan ahilada metafísica figura. Que a veces se vio vestida de un blanco como colonial o virreinal o así. La más apremiante necesidad de un agosto de aquellos fue la posesión de una americana blanca cruzada. Se olvidan los pasos previos, el ahorro enconado, la búsqueda de la complicidad materna. Lo que queda es el logro. La entrada resplandeciente en el salón de baile de Corullón. Y en el bolsillo interior, junto a la cartera de ubrique, la etiqueta sartorial de Leonardo Mestre, diplomado en Santiago de Cuba.

He dicho Corullón. Porque en realidad, lo que determinaba la aventura del verano, era, sobre todo, el espíritu viajero, que nos llevaba a explorar mundos tan «lejanos» como el pueblo de los higos y las cerezas que florece a una legua de nuestro recinto histórico – monumental, etcétera; alquilar entre muchos un taxi en el que deberla caber pocos, para enfilear sus ruedas sin dibujo hacia el cortejo de las mozas del Valcarce, algo menos abiertas y frutales. Toral de los Vados era una tentación decorada por el hecho diferencial del ferrocarril, con la emoción añadida de la comandancia -«a ver el sello pro-Patria»- para que nos extendieran el salvoconducto. Cacabelos, esto sí hay que dejarlo claro, era la villa más alegre y

dionisiaca del contorno. Una radio cualquiera que estuviera a buen volumen (lo estaban todas) atraía a alguien que se ponía a llevar el ritmo, y en seguida más, y al fin un hermoso baile que daba por la rodilla y contra el que no podían nada las ordenanzas civiles ni militares.

Pero todo este afán «cosmopolita» que no siempre encontraba coches ni trenes, sino bicicletas o incluso el golpear de la alpargata, terminaba en el regreso a nuestras bases villafranquinas, donde la estación estival tenía un decoro casi cortesano. Las mañanas eran tributarias del río con sus pozos sagrados, independientes para nuestro sexo y para el sexo contrario (¡qué barbaridad, llamarle contrario!), pero las tardes conocían un aire recogido y espiritual, con tipos raros que hablaban de versos y de novelas de Lajos Zilahy, encandilando a las jóvenes de claros vestidos inocentes. Y noches de rondalla y de soñar con cosas que no se sabía muy bien qué cosas eran.

Hasta que sonaba el último cohete de las fiestas del Cristo. Porque el verano no era exactamente lo que dicen los calendarios, sino una dulce sublevación que conocía el primer hormigueo en la feria de San Antonio y acababa con la banda de Ribadavia o de Viana do Castelo alejándose hacia la estación a golpe de platillos despidiéndose.

Sin música, sin forasteras, con la primera lluvia cayendo sobre las cadenas de papel, nos poníamos a leer los libros de los autores más suicidas. Pero ya estaban ahí las vendimias y la promesa del vino nuevo. Y la esperanza, qué caray, de que después del verano del 42 hay siempre el verano del 43.

Ahora que es el del 81, conozco yo a uno de aquellos muchachos que volverá a Villafranca, infatigable en la búsqueda de algo que ni él mismo sabría nombrar. Quizá el recuerdo lejanísimo de una trenza. O la emoción de ese poema definitivo que el poeta espera cada verano, aunque sea para renovar el plazo, en septiembre, una vez más.

Antonio PEREIRA